

Jean Lopez

Los últimos cien días de Hitler

Crónica del apocalipsis



JEAN LOPEZ

LOS ÚLTIMOS CIENT DÍAS DE HITLER

Crónica del apocalipsis



ESPASA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imágenes de interior: © DP; © Hulton-Deutsch/Hulton-Deutsch Collection/Corbis/Getty Images; © Imago History Collection/ACI; © Sydney Morning Herald/SuperStock/Album; © Sydney Morning Herald/SuperStock/ACI; © CBW/ACI; © Karl Müller/Bundesarchiv; © Ullstein Bild/Getty Images; © V. Borovskiy/Sputnik/ContactoPhoto; © Keystone/Hulton Archive/Getty Images; © Süddeutsche Zeitung Photo/ACI; © G. Beyer/Bundesarchiv; © Tallandier/Album; © Hamann/Bundesarchiv; © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Alamy; © Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo/Album © piemags/archive/military/Alamy; © RootOfAllLight/Wikimedia; © The National Archives UK; © Akg-Images/Album; © Photo12/Universal Images Group/Getty Images; © Colaimages/ACI; © 502 Collection/ACI; © Sputnik/ACI; © Pictorial Press Ltd./ACI; © Haacker/Hulton Archive/Getty Images; © Schultz Reinhard/Prisma by Dukas Presseagentur GmbH/ACI.

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

Título original: *Les cent derniers jours d'Hitler. Chronique de l'apocalypse*

© Perrin, una editorial de Place des Éditeurs, 2015, 2017, 2020

© De la traducción, Fabián Chueca Crespo, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2025

Depósito legal: B. 1.264-2025

ISBN: 978-84-670-7580-9

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
ENERO DE 1945. DÍA 105-DÍA 89	
Páginas de la Historia	65
<i>Una ruina física, una voluntad intacta</i>	65
<i>El baño de sangre de la Wehrmacht</i>	69
FEBRERO DE 1945. DÍA 88-DÍA 61	
Páginas de la Historia	123
<i>Los crímenes de guerra soviéticos</i>	123
<i>El búnker, un agujero húmedo y deprimente</i>	128
MARZO DE 1945. DÍA 60-DÍA 30	
Páginas de la Historia	176
<i>1918 y 1945: Finales de guerras en el espejo</i>	176
<i>Los dos últimos faroles: el reducto alpino y el «hombre lobo»</i>	181
ABRIL DE 1945. DÍA 29-DÍA 0	
Páginas de la Historia	257
<i>Las marchas de la muerte</i>	257
<i>La puesta en escena de la derrota</i>	263
CONCLUSIÓN	269
NOTAS	275
BIBLIOGRAFÍA	291
ÍNDICE ONOMÁSTICO	301

Lunes, 15 de enero

18.00 horas. Un convoy de automóviles se pone en marcha en la aldea de Wiesental, cerca del castillo de Ziegenberg, a diez kilómetros de la pequeña estación balnearia de Bad Nauheim. Hitler va dentro de uno de los vehículos. Atrás queda un cuartel general perfectamente camuflado, desde donde, a partir del 12 de diciembre, ha seguido la ofensiva de las Ardenas y asistido a su fracaso. Ya no tiene nada que hacer en el Frente Occidental y regresa a Berlín de improviso, ante la sorpresa de su entorno. Si damos crédito a lo que nos dice su secretario, Martin Bormann, en su libreta de notas, en realidad el destino del viaje debía ser Berchtesgaden, en los Alpes bávaros.

19.20 horas. El jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra (OKH), general¹ Heinz Guderian, que había vencido en Francia en 1940, llama a Wiesental para hablar con el Führer. Le contestan que ya no está allí. Guderian informa a Jodl, jefe de operaciones del alto mando de la Wehrmacht (OKW) y el consejero militar más próximo al Führer, de que el Ejército Rojo está haciendo trizas el frente alemán en Polonia, que no se tienen noticias de la mayoría de las unidades y que no hay tiempo que perder para evitar la catás-

trofe final. Antes de colgar, ordena a gritos: «¡Lance urgentemente todas las fuerzas hacia el este!».

20.00 horas. El convoy procedente de Wiesental se detiene en el exterior de la pequeña estación de Hungen. Hitler sube a bordo de su tren especial (Brandenburg) con destino a Berlín. Circulará de noche para esquivar el millar de cuatrimotores aliados que tanto esa noche como la siguiente surcarán sin oposición el cielo del Reich. Si una bomba hubiera caído en el vagón oficina, se habrían salvado más de tres millones de vidas humanas.

Martes, 16 de enero

09.40 horas. Con un tiempo de nieve, el tren especial del Führer entra en la estación de Berlín-Grunewald. No hacía mucho tiempo que esta barriada del oeste de la capital, señorial, discreta, resguardada bajo espléndidas frondosidades, había brindado a cincuenta mil judíos alemanes deportados hacia los campos de exterminio la última imagen de su patria. Al final de un andén desierto, aislado por un cordón de efectivos de las SS, Hitler se mete precipitadamente en su Mercedes blindado, al que siguen una decena de vehículos en los que viaja su séquito. Erich Kempka, su chófer, ha hecho todo lo posible para elegir un itinerario «presentable» mediante desvíos a través de los barrios menos destruidos: el Führer expresa su disgusto al ver los montones de escombros y las fachadas reventadas de su capital, que la víspera había sufrido su alerta aérea número 279. En veinte minutos el convoy llega al distrito gubernamental, entre el parque

del Tiergarten y la Wilhelmstrasse. Hitler se instala en sus antiguos aposentos, en el primer piso de la vieja cancillería, que se ha librado de los bombardeos. Los berlineses no saben que el Führer ha regresado a su capital.



Cancillería del Reich tras la guerra. Hitler se refugió en el búnker que alojaba el edificio desde el 16 de enero de 1945 hasta su muerte el 30 de abril.

10.45 horas. El médico personal de Hitler, Theodor Morell, un hombre obeso vestido con el uniforme del partido nazi, observa que su paciente tiene la garganta inflamada y lo encuentra en un estado de gran agitación a causa, dice, de la situación militar. Le administra una inyección intravenosa de glucosa contra la insuficiencia cardiaca y después una subcutánea de omnadine, un extracto de bilis bovina, a modo de expectorante.

11.00 horas. En el despacho de cuatrocientos metros cuadrados del que dispone Hitler en la nueva cancillería da co-



Theodor Morell fue el médico personal del Führer hasta casi el final de su vida.

mienzo la tradicional reunión de mitad de jornada sobre la situación militar. Casi toda la dirección de la guerra está presente, con mención especial para el mariscal Keitel y el general Jodl, por el alto mando de la Wehrmacht, y Albert Speer, ministro de Producción Industrial. Guderian se retrasa. A las 11.26 suenan las sirenas. La alerta aérea obliga a todo el mundo a bajar a los refugios, incluido Hitler.

Hacia las 13.00 horas. Se reanuda la reunión, ahora con la asistencia de Guderian. Se despliegan los mapas sobre la inmensa mesa de mármol delante de las ventanas que dan vista a los jardines. Guderian hace un repaso de la situación. Entre el 12 y el 14 de enero, los soviéticos habían lanzado una serie de ataques masivos entre el Báltico y los Cárpatos. Se identifican cuatro Frentes —el equivalente soviético del Grupo de

Ejércitos— que reúnen a treinta y cinco Ejércitos. ¡Hoy sabemos que eran 3,4 millones de hombres, 8.500 carros de combate, 8.000 aviones y 55.000 cañones! Esta fuerza gigantesca —la más importante de toda la guerra— se enfrenta a 1,1 millones de hombres, 1.500 tanques y 1.200 aviones alemanes acumulados a duras penas en mil kilómetros de frente, a lo largo del Vístula y en las fortificaciones de Prusia Oriental.

Guderian no dispone aún de una visión precisa de la situación, pues las comunicaciones con las unidades del frente están en su mayor parte interrumpidas. En cambio, sabe que dos de los Frentes soviéticos ya han abierto una enorme brecha. El Primer Frente Ucraniano, a las órdenes del mariscal Kóniev, ha penetrado ciento treinta kilómetros en la Polonia meridional y no se encuentra lejos de Cracovia. A la derecha de Kóniev, los dos ejércitos blindados del Primer Frente Bielorruso del mariscal Zhúkov han perforado las defensas alemanas en cincuenta kilómetros y se lanzan hacia Łódź, en el eje de Berlín. No hay reservas disponibles para detener este aluvión mecanizado, recuerda Guderian.

La discusión, tensa, apasionada, se prolonga durante toda la tarde. Hitler anuncia a Guderian la destitución del comandante del Grupo de Ejércitos A, el general Harpe, a quien se considera responsable del desastre. Su sustituto será la estrella emergente de la Wehrmacht, Ferdinand Schörner, nazi convencido y jefe despiadado. Este ha sido su método desde el invierno de 1941: cambiar de general con cada derrota. Pero la discusión gira en torno a otro punto. Guderian pide el alistamiento de todas las reservas disponibles frente a los soviéticos. Defiende, sin decirlo, la opinión mayoritaria en el seno del Ejército: hacer frente a los rojos y emprender lo antes posible conversaciones con los occidentales.

Su deseo es poder disponer de las fuerzas que se encontraban en el oeste, en particular, el excelente 6.º Ejército Blindado SS del general Sepp Dietrich, y pide la repatriación por mar del medio millón de hombres² inútilmente bloqueados en Curlandia, en el oeste de Letonia. Hitler rechaza las dos pretensiones. Explica que el ejército de Dietrich saldrá lo antes posible rumbo a Hungría para desbloquear Budapest, cercada desde el 26 de diciembre por los soviéticos.

Eso es absurdo, se enfurece Guderian: hay que llevar esos medios a Polonia. No, responde Hitler: primero hay que salvar el petróleo de Hungría y de Austria, sin los cuales no podremos continuar la guerra. Probablemente bajo la influencia del alcohol, Guderian insiste. El tono sube como nunca lo había hecho antes, escribirá Speer en sus memorias³. Hitler no se altera. Repite incansablemente su argumento: «Mis generales no comprenden nada de los aspectos económicos de la guerra». Al cabo de cuatro horas de reunión, mientras llegan despachos calamitosos y el agotamiento se apodera de los presentes, Hitler mantiene todas sus decisiones y se va a almorzar.

En sus memorias, el prusiano Guderian reprochará a Hitler haber reaccionado como un danubiano indiferente a la suerte de las poblaciones del este del Reich. La explicación de la decisión del dictador hay que buscarla en otra parte: no pensaba en otra cosa que no fuera *hacer durar la guerra*, de ahí su preocupación, totalmente justificada desde ese punto de vista, por el petróleo. Por otro lado, había reconocido la amenaza soviética, al contrario de lo que sostiene Guderian, y sin duda pretendía defender su frontera oriental.

Las fuerzas alemanas en el oeste recibieron la orden de pasar a la defensiva en el Westwall, el «muro del oeste», la

Línea Sigfrido para los Aliados. El diario de guerra del OKW nos dice que fue a partir del 16 de enero cuando el Führer ordenó proceder a traslados masivos de fuerzas hacia el este. Desde Noruega, desde Italia, desde Curlandia, desde las fronteras occidentales, treinta y tres divisiones acudirán en veinte días. En febrero, casi todas las armas pesadas que producen las fábricas se destinarán al este. Se emplazan 1.555 cañones de asalto contra el Ejército Rojo frente a... ¡67 contra las potencias occidentales!⁴. Entre enero y marzo, el este recibirá 3.166 tanques nuevos y el oeste, 513.



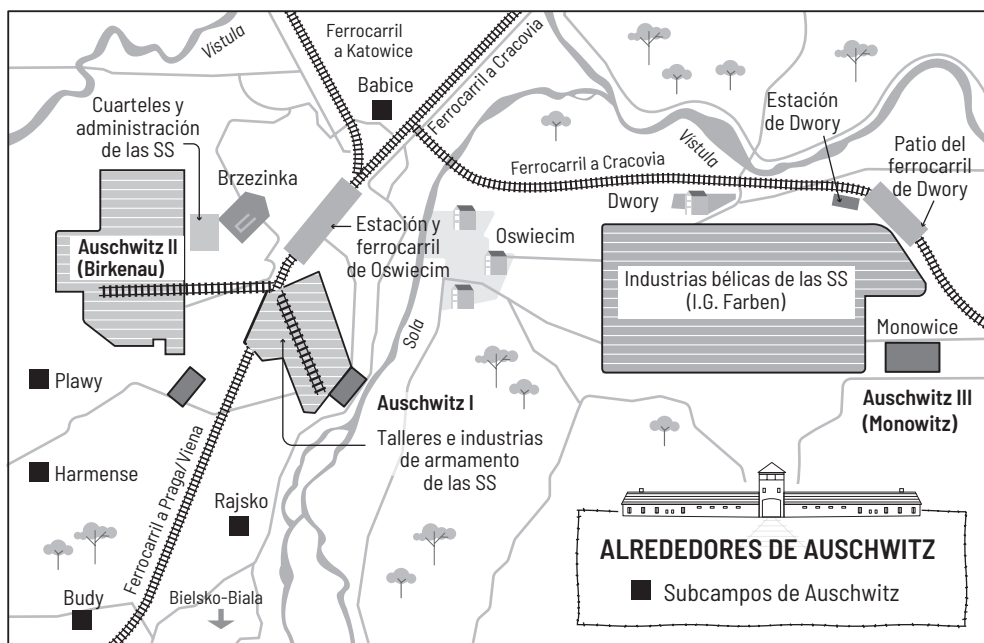
La Línea Sigfrido, o Westwall, fue la construcción defensiva alemana contrapuesta a la Línea Maginot francesa. Recorría la frontera germana con Francia, Luxemburgo y Bélgica.

Última hora de la tarde. La agencia de prensa oficial DNB informa a los ochenta millones de alemanes del Reich de que un tal Ferdinand Lang, anónimo ciudadano de Salzburgo, ha sido ejecutado después de un juicio relámpago ante el tribu-

nal popular. Estaba acusado de haber «escuchado la radio inglesa, difundido entre sus compañeros de trabajo las mentiras enemigas e intentado socavar su fe en la victoria final».

21.26 horas. Una nueva alerta aérea interrumpe toda la actividad dentro de la cancillería. No sabemos si esa noche se celebró un segundo balance de la situación militar. Es poco probable debido al carácter improvisado de la llegada de Hitler a Berlín y a la desorganización de los servicios resultante.

Medianoche. Los campos del complejo Auschwitz-Birkenau-Monowitz se iluminan. Los efectivos de las SS ordenan a gritos a los 56.000 prisioneros útiles que formen en filas en



Mapa del mayor campo de concentración de la Alemania nazi, Auschwitz-Birkenau-Monowitz.

los lugares prescritos. El Ejército Rojo está a cuarenta kilómetros. A partir de las cuatro de la mañana, los deportados serán evacuados a pie hacia el campo de concentración de Gross-Rosen, situado doscientos cincuenta kilómetros al oeste. Cuando lleguen, dieciséis días después, faltarán 16.000. Habrá por término medio un cadáver con uniforme de rayas cada quince metros, muerto de frío, de agotamiento, las más de las veces abatido por los guardias de las SS.

Miércoles, 17 de enero

A partir de las 02.00 horas. Magdeburgo es atacada por 371 bombarderos británicos. Mueren 4.000 habitantes, el cuarenta y cuatro por ciento de la ciudad queda arrasado y seis millones de metros cúbicos de escombros obstruyen calles, carreteras y canales.

Después de haber tomado un té ligero acompañado de pasteles vieneses de los que hace un enorme consumo, a las cuatro de la mañana Hitler se va a acostar en sus aposentos del ala derecha de la vieja cancillería. Como de costumbre, toma un somnífero.

Mientras el Führer duerme, la situación en el este se deteriora con rapidez. El 9.º Ejército y el 4.º Ejército de Panzers ya han sido destruidos. Los soviéticos han hecho 120.000 prisioneros. Decenas de miles de desertores y extraviados se dirigen hacia el Reich, mezclados con los convoyes de refugiados que huyen de la Wartheland, la parte de Polonia central que los alemanes se habían propuesto colonizar. Himmler ordena publicar en los periódicos de la mañana el llamamiento siguiente:

Pido a los compatriotas alemanes, en particular a las mujeres, que no muestren piedad alguna con los desertores que se incorporan a los convoyes de evacuación en dirección al oeste. Los hombres que se alejan del frente no merecen un pedazo de pan de la retaguardia. Se exhorta a las mujeres y a las muchachas alemanas a recordar a esos hombres el honor y el deber, a mostrarles desprecio en vez de piedad y a echar a escobazos en dirección al frente a los cobardes más obstinados⁵.

16.00 horas. Durante el primer balance de situación, Guderian expone a Hitler cómo espera estabilizar la situación al oeste de Varsovia, que probablemente ya ha caído, dice, en manos de los soviéticos. Mientras el jefe de Estado Mayor del OKH desarrolla su exposición, se presenta a Hitler un despacho del comandante de la «fortaleza» de Varsovia que advierte de la inminencia de su evacuación. Hitler reacciona de forma violenta: ¡entonces Varsovia no había caído, como se le había anunciado! Oliéndose mentiras y traiciones, rechaza todo abandono voluntario de la capital polaca, que «debe mantenerse a cualquier precio». Ordena una investigación sobre los oficiales de Estado Mayor que han cubierto «esta operación de ocultación». Guderian protesta y pide que la culpa recaiga sobre él. Hitler lo interrumpe:

¡No! No es con usted con quien estoy enojado, sino con el Estado Mayor general. Me resulta intolerable que un grupo de intelectuales hagan prevalecer sus puntos de vista por encima de los de sus superiores. Pero así es el sistema del Estado Mayor general, y ese sistema lo voy a aplastar⁶.

23.00 horas. Termina la reunión de situación. Hitler toma una cena ligera, regada con un zumo de cereza espesado con harina de semillas de lino. Después, cuando las sirenas anun-

cian la alerta, baja a su búnker privado y comienza una velada de té con pastelitos que se prolonga hasta las cuatro de la mañana, según las notas del doctor Morell. Además del médico, no sabemos con exactitud quién acompañó esa noche el insomnio del Führer, quién sufrió sus interminables monólogos. Existen dos probabilidades entre tres de que fueran su primera y su segunda secretarias, Johanna Wolf y Christa Schroeder. Según esta última, aquellas infusiones nocturnas «eran un ritual cotidiano. [...] Era su manera de relajarse y descansar. [...] Hablaba mucho de los perros, [...] de las flores. [...] Se quejaba de su salud⁷. Desde el desastre de Stalingrado, Hitler había renunciado a sus mayores placeres nocturnos, ver películas o escuchar a Wagner en un gramófono.

Durante la noche. Ante la proximidad de los soviéticos, la dirección de la prisión de Radogoszcz, un barrio de Łódź, es presa del pánico. Tenía orden de evacuar a aquellos detenidos a los que se considerase demasiado «peligrosos» políticamente para dejarlos atrás. Como ya no tiene tiempo ni medios para cumplir la orden, decide atenerse a la práctica que se viene adoptando desde 1943: la liquidación física. Respaldados por civiles alemanes de Łódź, efectivos de las SS y aviadores de la Luftwaffe, los guardianes asesinarán, un piso tras otro, a los dos mil detenidos y a continuación prenderán fuego al edificio antes de desaparecer.

Jueves, 18 de enero

07.00 horas. Con el consentimiento del Führer, las tropas alemanas y húngaras abandonan Pest, la mitad oriental de la

capital magiar. Se vuelan los puentes sobre el Danubio, orgullo de la ciudad, pero 20.000 hombres serán capturados por el Ejército Rojo. Poco antes, los últimos defensores alemanes han abandonado las ruinas de Varsovia. Hitler se ha anticipado. Durante la noche, cumpliendo la amenaza proferida la víspera ante Guderian, ordena el arresto de los oficiales de Estado Mayor Von Bonin, Von dem Kneesebeck y Von Christen, culpables, a su juicio, de haber autorizado la retirada de Varsovia contraviniendo su orden. Von Bonin acabará en un campo de concentración, pero sobrevivirá, los otros dos serán enviados al frente. Al día siguiente, 19 de enero, Guderian también será interrogado largamente por Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, un «verdugo glacial»,



Ruinas de Varsovia (Polonia), ciudad que los alemanes abandonaron en enero de 1945 ante la presión soviética.

según Höss, comandante de Auschwitz, que de eso sabía bastante⁸. A semejanza de Stalin en 1941, Hitler responde a las derrotas y las retiradas con medidas policiales.

Durante la reunión de situación nocturna. Los tanques del Primer Frente Ucraniano cruzan la frontera del Reich cerca de Rosenberg, en Silesia. Los blindados soviéticos han recorrido ciento diez kilómetros en cuarenta y ocho horas y han atravesado sin dificultad todas las líneas de retaguardia, poco o nada defendidas. Los comisarios políticos hacen colocar carteles en las carreteras: «Entras en la maldita Alemania»; «¡Vamos a asestar el golpe de gracia a los fascistas!»; «¡Adelante hasta Berlín!».

Speer, ministro de Armamento, advertirá al día siguiente de que, con la pérdida de la cuenca industrial de Alta Silesia, la última intacta, el Reich no quedaría «en condiciones de continuar la guerra con una perspectiva de éxito»⁹. En su diario, Goebbels anotó: «El mapa de las operaciones es desolador. Sería preferible no mirarlo. Estamos de nuevo en medio de una crisis de las más profundas». Y más adelante: «El Führer se aísla cada vez más del exterior. De hecho, se ocupa principalmente de los asuntos militares»¹⁰.

Viernes, 19 de enero

Hacia las 15.30 horas. Eva Braun, la amante del Führer desde hace trece o catorce años, se presenta en la cancillería, «elegantemente vestida y recién peinada»¹¹. Acaba de llegar del Berghof, la residencia privada de Hitler en Berchtesgaden. Martin Bormann, el todopoderoso secretario del Führer, ha

ido a buscarla hasta allí, lo que permite pensar que no ha venido sin que Hitler haya dado su asentimiento, como sostienen algunos testimonios. Se instala en su habitación en la cancillería. En los días siguientes hará que se bajen a la estancia que le está reservada en el búnker algunos de los lujosos muebles diseñados especialmente para ella por su amigo Albert Speer.

Sábado, 20 de enero

A primera hora del día. Decenas de camionetas provistas de altavoces recorren las calles de la capital de Silesia, Breslavia (la actual Wrocław). «¡Atención! ¡Atención! Las mujeres y los niños deben salir inmediatamente de la ciudad en dirección a Opperau y Kanth». Más de medio millón de personas lo abandonan todo en unas horas. El miedo a perderse el último convoy hacia el oeste provoca un tumulto mortal en la estación: setenta niños mueren aplastados por una muchedumbre enloquecida. Después, mientras se oye el cañón ruso, familias enteras, con la bolsa al hombro, empujando cochecitos, bicicletas o carretillas, parten a pie en medio de las borrascas de nieve, a veinte grados bajo cero. Muchas recorrerán a pie cien o doscientos kilómetros antes de encontrar un tren o un refugio. Por miles, las madres abandonan en las fosas los cadáveres helados de sus hijos o mueren congeladas con ellos. Esta evacuación catastrófica podría haberse evitado. Breslavia había sido declarada fortaleza en agosto de 1944 por una orden secreta de Hitler.

El *Gauleiter*¹² de Silesia y oficial de las SS Karl Hanke disponía de planes de evacuación. Pero se negó a dar la or-

den, en parte por la presión de Speer, que quería mantener las fábricas en actividad hasta el último momento, y en parte por miedo a debilitar la moral de los 50.000 soldados, entre los que había muchas unidades de la milicia Volkssturm movilizadas a toda prisa para defender la ciudad contra el asalto soviético. Sin duda, aplicó también la consigna de «guerra popular», que suponía que civiles y militares eran indisolubles en la defensa de la patria. A partir de ese día, Breslavia se convirtió para Hitler en un rompeolas que protegía Berlín y en un ejemplo de resistencia a muerte. Hanke, «fiel, pero sin exceso de inteligencia»¹³, según Goebbels, ascendió al rango de *Gauleiter* modelo, capaz de «forzar el destino» mediante la movilización política e ideológica de toda la población.

Los habitantes de las pequeñas ciudades y de los pueblos no corren mejor suerte que los de Breslavia. Ante la ausencia de órdenes del responsable local del partido nazi, no salen hasta el último momento, a veces bajo el fuego. Se forman de prisa y corriendo convoyes de carros enganchados en los que se transporta a niños y ancianos, y algunos enseres; las mujeres, o un prisionero de guerra, con frecuencia francés, escoltan a pie. En cada cruce de caminos, la marea aumenta. El 16 de febrero, el OKW informará de un convoy de dieciséis kilómetros de longitud, todo un récord¹⁴.

A causa de los fríos polares, se avanza a duras penas, sin saber siquiera qué dirección tomar. Muchos irán de un lado a otro y acabarán atrapados en la batalla o alcanzados por los tanques soviéticos. El 15 de enero, los alemanes del Wartheland son los primeros en partir. El 19, los de Prusia Oriental y Silesia también han huido. El 22, los prusianos occidentales, el 30 se les sumarán los pomeranos y los brandembur-

gueses. Se encaminan generalmente hacia el oeste, pero, cuando los soviéticos han cortado las carreteras, la multitud se desvía hacia Bohemia, al sur, o hacia el mar Báltico, al norte, donde se hallan los puertos de embarque de Pillau, Hela y Dantzig.

A finales de enero de 1945 había ya cuatro millones de refugiados del este, la mitad de ellos en las carreteras. A principios de marzo serán siete millones.

Durante la noche. Goebbels, *Gauleiter* de Berlín, en contacto con las autoridades militares, pone en marcha la alerta «Gneisenau» en la capital del Reich. Todos los responsables son movilizados a sus puestos y deben estar localizables en todo momento. Se toman medidas aún más rigurosas para custodiar «los campos de concentración de los alrededores de Berlín, así como los campos de prisioneros de guerra, especialmente aquellos en los que estaban reclusos oficiales soviéticos»¹⁵. Se constituyen «unidades de alerta» a partir de los efectivos presentes en las escuelas y los centros de formación, y se envían inmediatamente hacia el este. La movilización de los aparatos del Estado y del partido nazi —cada vez más confundidos— también tenía como objetivo vigilar, alimentar y albergar a los refugiados del este que llegaban cada día por decenas de miles, según observó Goebbels,

[...] en un estado de miseria indescriptible. Sería preferible cerrar los ojos para no ver. A causa de este frío tienen lugar en los caminos escenas trágicas. Cientos de niños mueren congelados. [...] Esta huida masiva ante los soviéticos pasará a la historia como el vía crucis del pueblo alemán¹⁶.